VINDICACIÓN DE NUEVA ESPAÑA Y DE OTROS CAPÍTULOS DE HISTORIA MEXICANA

*Julián Meza**

RESUMEN: Una crítica al historicismo oficial, a los festejos del bicentenario y del centenario; una reflexión sobre lo que hemos sido y somos los mexicanos –aunque no todos–. Y, desde ellas, una vuelta sobre nosotros mismos y nuestros problemas contemporáneos –quizá los mismos de antes, con otros nombres.

ABSTRACT: This article is a critique of Mexican official historicism, its bicentennial and centennial festivities; an observation of what Mexicans were and currently are, –albeit not all of them–. An exercise in retrospection towards current problems –possibly the same ones, but with different names.

PALABRAS CLAVE: Nueva España, independencia, revolución, “historia” de México, crítica.
KEY WORDS: New Spain, Independence, Revolution, Mexican history, criticism.

RECEPCIÓN: 01 de marzo de 2011.

APROBACIÓN: 13 de marzo de 2011.

* Escritor.

VINDICACIÓN DE NUEVA ESPAÑA Y DE OTROS CAPÍTULOS DE HISTORIA MEXICANA

A menudo, leyendo historia, hay acontecimientos que no cuadran, no tienen sentido, y podemos deducir la existencia de algún lunático, macho o hembra, dotado de ardiente inspiración... pero que cayó en el olvido rápidamente, porque siempre y en todas las épocas se reescribe el pasado para hacerlo más aceptable. 'Una bestia brutal' es por regla general el auténtico padre de los acontecimientos.

Doris Lessing, Dentro de mí.

Pese al oprobio y la iniquidad que pudo representar para muchos mexicanos, el capítulo de la Nueva España es fundamental en la historia de México. Además de ser, hasta ahora, el más prolongado, es también el episodio fundacional del país. Al igual que este capítulo ha sido convertido por la historia oficial en paréntesis entre el México antiguo y el México independiente, que arbitrariamente señala como inicio del país el 15 de septiembre de 1810 (arbitrariamente porque México estuvo bajo el mando de la autoridad española hasta 1821), esta historia también convierte en paréntesis otros capítulos no menos importantes, como cuando el país estuvo gobernado por el emperador Maximiliano. Si se quiere encontrar un sentido más pleno a la historia de México es necesario rescatar la contribución de esos períodos a una realidad más compleja que la inventada, con escasa imaginación, por próceres, historiadores y gobernantes de trascendencia apenas municipal.

JULIÁN MEZA

1. Está bien viajar por la historia de México, pero el número de lugares visitados no se debería limitar a unos cuantos acontecimientos convencionales. Eso no es viajar. Es hacer turismo. Viajar es perderse en el tiempo y en el espacio. Es ir más allá de las fronteras establecidas. En este ensayo no me propongo hacer un viaje convencional por la historia de México, como el que hizo Luis González y González en el álbum de estampitas que consagra el fervoroso nacionalismo mexicano convertido en religión oficial por el PRI y sus herederos panistas. Recurro a las imágenes, pero no a las de las grandes fechas y los héroes hechos de bronce, de pedernal o de cemento. Soy fanático de los viajes, pero este será apenas un paseo a lo largo de la historia de un país que, en mi opinión, no se inició en 1810 (ni siquiera en 1821), sino en 1521.

2. Contrariamente a lo que con frecuencia se afirma, de manera no exenta de impudicia, la historia, al igual que la economía o la sociología, no es una ciencia. Sus pretensiones de objetividad están a años luz de la relativa objetividad de la física o de la biología. México ha tenido algunos buenos historiadores que, pese a sus pretensiones de objetividad, han recurrido a la reflexión y al imaginario, y es precisamente esto lo que da mayor valor a sus obras. Cuando me refiero a buenos historiadores pienso, por ejemplo, en el Edmundo O’Gorman de *La invención de América*, o en el Luis González y González de *Pueblo en vilo*, pese a que el primero estaba reñido con la sintaxis y el segundo tenía una prosa francamente chabacana. Con frecuencia, la historia de México ha sido escrita sobre todo por historiadores que, consciente o inconscientemente, se han puesto al servicio de intereses particulares y gubernamentales, y por esto han convertido en angelicales a los individuos más desalmados y en héroes a ladrones o asesinos. De ninguna manera fue este el caso de Edmundo O’Gorman, que creó una historia fantástica (en la doble acepción de la palabra), o de Luis Gonzáles y González, que decidió escribir una historia no nacional, y precisamente por esto me llama la atención que luego haya fabricado un álbum con imágenes de Épinal, que es la negación de su obra como introductor de la microhistoria en México. No es, en cambio, gratuito, que los ridículos celebradores de las grandes fechas y los grandes nombres del México oficial hayan hecho imprimir treinta

millones de ejemplares del álbum *Viaje por la historia de México*, presentado por el señor Felipe Calderón como una pieza fundamental para conocer la historia de nuestro país. Creo que el señor Calderón se sirve de este evidente desacierto de Luis González para convertirlo, no se si por ignorancia o por mala fe, en una reiteración de la historia oficial. Me pregunto por qué el señor Calderón no decidió difundir treinta millones de ejemplares de *La historia de Méjico* de Lucas Alamán, que es un libro que ampliaría los limitados horizontes de los mexicanos y, además, daría una idea de la independencia que va más allá de la estrecha visión estatal de este episodio, instituido por los intereses de los liberales del siglo XIX y, por conveniencia, adoptado por las élites políticas del siglo XX y de lo que va del XXI. Sin lugar a dudas, habría sido más benéfico para los lectores mexicanos (que son poco numerosos y prefieren los dibujos a la letra impresa) que el álbum de estampitas hecho por Luis González hacia el final de su vida. Este discípulo de algunos de los grandes historiadores de los *Annales* se opuso durante la mayor parte de su vida a la que llamaba, con razón, historia de bronce, hecha de grandes nombres, fechas y monumentos. El libro de estampitas patrocinado por el señor Calderón, *Viaje por la historia de México*, de ninguna manera me remite al creador de *Pueblo en vilo*. ¿Al final de su vida Luis González y González cambió de opinión y se alineó con la historia nacional? Al parecer así es, y por eso mismo este libro, que convierte la historia de México en un despropósito cercano a un parque temático, no es la mejor manera de acercar a los mexicanos al conocimiento de su historia. Con la intención de hacer un breve recuento de algunos momentos borrados de nuestra historia he escrito las líneas que siguen.

3. Las periodizaciones históricas tienen alguna utilidad, pero nunca dejan de ser convencionales, a menudo carentes de imaginación y, sobre todo, unilaterales. Por regla general se construyen *a posteriori*, de acuerdo con la idea que previamente se tiene de la historia, y por esto no escapan a la carga de subjetividad que las orienta, acompaña y determina sus conclusiones. Teorías y modelos han pretendido, en cambio, establecerlas *a priori*, y por esto mismo siempre han fracasado. Al final del imperio romano se le han dado variadas fechas (algunas más conven-

JULIÁN MEZA

cionales que otras), pero ninguna ha sido definitiva, porque ese desenlace fue el resultado de un proceso que permitió, sin embargo, la sobrevivencia de Roma tanto por sí misma como a través de las corrientes que surgieron en su seno. Todavía están ahí algunos de sus puentes y tramos de sus acueductos, los trazos de sus vías, las reiteraciones de su derecho, sus basílicas (convertidas en templos) y sus títulos imperiales, como el que han ostentado los papas católicos: *pontifex maximus*. Las más evidentes continuaciones de Roma fueron Bizancio (la iglesia de Oriente) y la Roma católica, que remiten también, la primera, a la tradición griega y a la israelita, y la segunda tanto a Israel como a las tribus germanas de los bárbaros, entre los cuales destacó Carlomagno, creador del sacro imperio germano y una especie de Hernán Cortés *avant la lettre*. Decapitó sajones casi sin respiro, y en este sentido su disposición para la degollina no es comparable con la del cruzado español en América, que se sirvió más de su genio político que de la espada.

El final de otros imperios también fue el resultado de procesos que no los aniquilaron definitivamente en una fecha determinada. Son los casos de imperio español, el ruso, el austro-húngaro, el inglés y el soviético. Quizá el que se desintegró de manera más contundente fue el soviético, pero aun así todavía queda mucho de éste en China, Cuba, Vietnam, Corea del Norte y, sobre todo, en la Rusia actual, Ucrania, Uzbekistán y algunos de sus ex satélites, como Polonia, Rumania y Hungría.

Aún hay algunos historiadores que siguen creyendo en un proceso histórico genealógico en el que de las comunidades primitivas surgió el esclavismo, de éste el feudalismo y, hasta nuestros días, el capitalismo. Y algunos teóricos del pasado reciente (del siglo XIX al XX) creyeron que de esa genealogía surgirían teleológicamente el socialismo y el comunismo, que sería la etapa final de la humanidad, ahora sustituida por la economía de mercado (que no es economía y desprecia el mercado) como el fin final. Ya Fernand Braudel se propuso mostrar (y en mi opinión lo logró) en *Civilización material y capitalismo*, que el capitalismo no es un invento reciente, dado que hunde sus raíces en la larga historia de las prácticas económicas de Occidente y, antes, de las sociedades que lo precedieron, tanto en el próximo como en el lejano Oriente. Y precisamente por esto, no obstante todos los vuelcos y cambios que

lo han acompañado, Occidente reitera sus orígenes a lo largo de su larga historia.

¿México se volvió independiente en 1810? Sin lugar a dudas, no tuvieron que pasar once años para que los criollos mexicanos se hicieran del poder y, poco después, arrojaran del país a los peninsulares. Además, en sus inicios la llamada independencia no se fragua con el propósito de convertir México en un país independiente, sino en una provincia autónoma del imperio español. El afamado grito de Hidalgo en Dolores, si algún grito pegó, no fue: “Mueran los gachupines”, sino: “Muera el mal gobierno” y, lo más importante: “Viva Fernando VII”. Hidalgo no era enemigo de España, sino de sus gobernantes en México, y tenía razón, tanto en lo que se refería a ese presente como a lo que sería su futuro. Hoy volvería a gritar: “Muera el mal gobierno” y, tal vez, “Viva el rey Juan Carlos”, que no es lo mejor, pero tampoco lo peor, aun cuando se trata de un borbón, que no es precisamente Luis XIV.

¿Cómo se hacen las periodizaciones históricas en México? Obviamente, respondiendo a los deseos del gobernante en turno. Las periodizaciones de la historia de México siempre se han adecuado a la manera como el señor Pompidou respondió al general De Gaulle cuando éste le preguntó: “¿Qué hora es?” Su respuesta fue de funcionario mexicano: “La que usted diga, señor presidente”. Sin lugar a dudas, el señor Calderón le preguntó a sus numerosos asesores, procedentes de cofradías neonovohispanas como el Yunque: “¿Cómo se celebra la independencia de México?” Y estos le respondieron en coro: “Como usted diga, señor presidente”. Y así, el señor Felipe Calderón decidió que, como el señor Porfirio Díaz había sacralizado, siguiendo los deseos de Morelos, el 15 de septiembre de 1810 en 1910, él celebraría, australianamente jubiloso, el 15 de septiembre de 2010, y el 16 también porque el mismo Díaz consagró esa fecha como festejo independentista en honor a su propio natalicio.

4. El período de la historia mexicana que va del 13 de agosto de 1521 (caída de Tenochtitlan y principio del fin del imperio azteca) al 24 de agosto de 1821 (firma de los Tratados de Córdoba, suscritos por un subordinado de Juan O’Donojú, que no fue virrey, sino último jefe políti-

JULIÁN MEZA

co superior de la Nueva España, y Agustín de Iturbide, comandante de un ejército que pasó a la historia con el ridículo título de trigarante) es una etapa clave de la historia de México —aunque desacreditada, oficial, extraoficial, histórica y popularmente, pues es considerada un negro paréntesis en la historia del país. Durante los menos de doscientos años que han transcurrido de 1821 a la fecha, gobernantes e historiadores de México han pretendido que éste se volvió independiente de los trescientos años de la historia anterior, aun cuando nunca han dicho en qué consistió realmente esa independencia. Jamás han explicado por qué México se volvió independiente de España y de su propia historia, aun cuando su pasado sigue íntimamente vinculado con aspectos fundamentales de éstas. ¿En 1821 los mexicanos dejaron de hablar el español de México y adoptaron el náhuatl como idioma oficial, y abandonaron la fe católica y restablecieron el culto a Huichilopoztli y Tlaloc? ¿Independencia política, jurídica, económica, social y cultural? Es de dudarse, dado que lo político y lo jurídico se volverán fatalmente, vía un improvisado federalismo, falsamente norteamericanos, lo económico dependerá de Inglaterra, lo social será idéntico a cuanto prevalecía antes en los usos y costumbres, y en lo cultural los mexicanos no dejarán de estar vinculados al imperio español por la lengua y las creencias.

104

5. La conquista de México por los españoles y sus aliados no mexicanos (totonacas, tlaxcaltecas, cholultecos y texcocanos) significó una ruptura progresiva con la historia anterior, totalmente ajena a la historia del Occidente europeo, y en particular a la de España. El mundo precortesiano en América fue paulatinamente borrado, y de éste hoy no quedan sino vestigios desarticulados y carentes de sentido (redes agujeradas, escribe Serge Gruzinski a propósito de la lengua y el imaginario) para la actual percepción occidental de los mexicanos porque, poco a poco, fue arrasado material y (esto es lo más grave) espiritualmente. En lo material quedaron fragmentos de edificios de lo que fueron bellísimas construcciones como las pirámides. De lo espiritual prácticamente no quedó nada. Contrariamente a lo que opinan algunos beatos y patrióticos historiadores, no hubo sincretismo religioso y lingüístico. Un San Juan Chamula no hace verano y diez millones de hablantes (en su mayo-

ría bilingües) de lenguas precolombinas, que cuando escriben en náhuatl o en maya lo hacen en caracteres latinos, no son representaciones del mundo precortesiano.

Con frecuencia se ha escrito que a raíz de la conquista de México se produjeron numerosos sincretismos. Nada más falso. En el idioma no queda nada de eso, aun cuando algunas mujeres se llaman Citlali o Xóchitl, en ocasiones rubias y de ojos azules (características étnicas que no había en México, exceptuado Quetzalcóatl, convertido en rubio por la leyenda jesuítica). Es muy escaso el porcentaje de vocablos prehispánicos que se utilizan en el español de México. Todavía hay por ahí alguien que utiliza voces derivadas del náhuatl y llama escuincles (que eran unos perros) o chamacos a los niños, pero en general se usa la palabra chavos, que es espantosa. La lengua de los mexicanos no es prehispánica sino, como bien afirman algunos sociolingüistas, español de México, y en el terreno religioso no hay nadie que hoy rinda culto a la Guadalupe creyendo que es una encarnación de la diosa Tonantzin, ni al apóstol Santo Tomás convertido en Quetzalcóatl por la misma leyenda. Esto funcionó en el siglo XVII, pero ahora ya no. Sí hubo sincretismo, en cambio, en el plano étnico, pero esto no es nada original, contrariamente a lo que han creído algunos de nuestros próceres intelectuales cuando han escrito sobre el mestizaje. El sincretismo étnico existe desde los primeros tiempos de la especie humana, y Mesoamérica no escapó a esta modalidad. Antes de la presencia española hubo sincretismo étnico entre pueblos tan diferentes como los mayas, los aztecas, los purépechas y los otomíes. Esto ocurrió también en España desde sus primeros tiempos. Es imposible hablar de pureza étnica en España porque hubo mestizajes entre íberos, fenicios, griegos, celtas, romanos, visigodos, vándalos, alanos, suevos, bereberes, almorávides y muchos otros. La pureza de sangre decretada por Isabel de Castilla, Fernando de Aragón y sus inquisidores es, por lo menos ridícula, y en realidad, una estafa muy rentable, pues además de ser arrojados de la península, judíos y musulmanes fueron despojados de sus riquezas. Los cristianos viejos no eran tan viejos en 1492. En cambio, los judíos viejos eran mucho más viejos que los cristianos. Los cristianos viejos apenas eran tan viejos como

JULIÁN MEZA

los creadores del extraordinario arte hispano-musulmán (en buena medida destruido por los castellanos) y de muchas de las voces del idioma español, como queda ampliamente documentado en *Los mil un años de la lengua española* de Antonio Alatorre.

También en el aspecto gastronómico hubo sincretismo. La cocina mexicana es resultado de una combinación de ingredientes peninsulares y prehispánicos, creada al parecer por las monjas novohispanas en las cocinas de los conventos. Un mole no es nada sin la carne de cerdo o de pollo. Por lo tanto, en este aspecto sí hubo sincretismo, y aun cuando fue importante para la cultura no resultó fundamental. En cambio, la ausencia de sincretismos en los planos religioso y lingüístico sí son determinantes, y son rasgos que me parecen esenciales en la historia de un país. San Juan Chamula es sólo un monumento al folklore, y francamente odioso porque el turismo es ahí una de las modalidades del escarnio. Exceptuados algunos antropólogos, nadie en México cree hoy que la feligresía venere en la basílica de Guadalupe a Tonantzin, ni que la cruz de Palenque sea un símbolo cristiano. Tales mentiras, puestas en circulación por los jesuitas del siglo XVII, inicialmente fueron aceptadas, pero hoy carecen completamente de aceptación y de sentido. Los peregrinos que van a la Villa cada 12 de diciembre no lo hacen creyendo que, en secreto, le rinden culto a la diosa Tonantzin. La cruz de Palenque es, al igual que muchos otros símbolos prehispánicos, mera coincidencia formal con la cruz cristiana, y ya nadie cree que sea una constancia del paso del apóstol Santo Tomás, disfrazado de Quetzalcóatl, por el mundo maya.

Hechos consagrados como determinantes (es el caso de la independencia y la revolución) tienen menos importancia de la que les confieren quienes son recompensados por el erario público debido a tan patriótica reiteración, o fragan festejos tan intrascendentes como los de los señores Porfirio Díaz y Felipe Calderón, que bien podrían haber compartido un sincrético tamal.

6. En 1821 México rompió con la metrópoli española, pero no con la historia que se escribió en ese país a lo largo de los trescientos años de la Nueva España. Sus gobernantes continuaron actuando como

virreyes, aunque ya no de la metrópoli española, sino, primero, de la inglesa, después de la francesa (son los casos de Maximiliano y del señor Porfirio Díaz) y hasta hoy de la norteamericana. Los vicios ya adquiridos se continuaron. Entre otros, la prevaricación, el peculado y la corrupción pública y privada. El desprecio al indio no desapareció, sino que se enfatizó. No se renunció (era imposible) a la lengua de los peninsulares y menos aún a las creencias impuestas por sus frailes. Más todavía: para entonces (y aun hoy) en México prevalecían los usos de la contrarreforma católica que hacen impracticable la laicidad, y la lengua de los mexicanos era y es tan hispana como la de España. El dominio del español en México no ha sido ni superior ni inferior al de España. En nuestros días la pronunciación es muy imprecisa tanto allá como acá. Aun si los españoles distinguen la *s* de la *c* y de la *z* y la *v* de la *b*, son incapaces de pronunciar su propia dicción. Para ellos, un taxi es un tasi y dicen reto en lugar de recto. Sus barbarismos son de antología: suben para arriba y salen para afuera. Los mexicanos no se quedan atrás: su “más mejor” y su “pero sin embargo” son elocuentes y el uso de la preposición *hasta* es una incitación a la risa.

En su afán de modernidad (no realizado) los liberales españoles de Cádiz tenían en 1812 más de europeos que los federalistas mexicanos de norteamericanos en 1824, pese a todos sus artificios conceptuales, que los llevaron a llamar el país Estados Unidos Mexicanos, a imagen y semejanza de los Estados Unidos de América y promulgaron una constitución que —como bien señaló fray Servando Teresa de Mier— nada tenía que ver con el pasado mexicano. Esta crítica la reiteró más tarde Manuel Doblado, al afirmar que la Constitución de 1857 era un excelente traje, pero que los legisladores no nos habían tomado las medidas. La impostura que se forjó entonces fue tan radical que aun hoy un ministro mexicano es llamado secretario, como en los Estados Unidos.

7. Lo que se construyó a partir de 1521 en México fue una vertiente del mundo occidental, y no precisamente la más innovadora: la española o, por mayor precisión, la castellana. En el momento en que se produjo la conquista de México, España no se hallaba a la vanguardia de los

JULIÁN MEZA

cambios que se producían en Europa, sino a la zaga, muy a la zaga, empeñada en permanecer anclada, vía la contrarreforma, a su pasado feudal, y esto fue lo que se impuso y prevalece en México y en la misma España, en donde las creencias de los señores Aznar y Rajoy son tan atávicas como las de los señores Fox y Calderón. Por supuesto, hay elementos del mundo precortesiano que, mezclados con los del universo español, van a prevalecer en México, pero no son fundamentales ni en el plano de las ideas ni en el de las creencias. Hay sincretismo, reitero, en el terreno de la gastronomía, y esto ha dado como resultado una cocina única, pero nadie es más inteligente ni más creativo porque come pollo con mole. Al contrario: corre el riesgo de entorpecer sus sentidos y su inteligencia si éste es demasiado picante. Así lo pone de manifiesto Ítalo Calvino en *Bajo el sol jaguar*, en donde muestra algunos efectos de la comida picante, que de ninguna manera es exclusiva de México. Basta con acercarse a algunos platillos de la India, China, Corea y Tailandia para darse cuenta de que el consumo del picante no es sólo propio de los mexicanos. Sin lugar a dudas, insisto, hay sincretismo étnico, que algunos de nuestros folklóricos pensadores lo consideraron un invento local y lo elevaron a la categoría de mestizaje cósmico, cuando en realidad el mundo, desde que es mundo, siempre ha sido producto del mestizaje. ¿O acaso todos somos endogámicos hijos de Adán y Eva, o de una pareja de *australopithecus afarensis* etíopes? El mismo Calvino cuenta, en otro relato de *Bajo el sol jaguar*, que en las hordas en las que escaseaban las mujeres una práctica frecuente consistía en raptarlas de las hordas en las que abundaban para mantener en pie el ejercicio de la sexualidad y, sin saberlo, de la reproducción. Sin saberlo porque en los primeros tiempos de la historia humana se creía que la mujer era fecundada al contacto con el agua, el viento o la luz. En ese imaginario la mujer era polinizada. De ahí, en parte, el culto a los elementos naturales y, ciertamente, la creación de algunas mitologías.

Es por lo menos curioso que no obstante la lucidez de escritores como Calvino todavía haya hoy quien se preocupe por la limpieza de la sangre de las actuales tribus europeas o norteamericanas, que han declarado la guerra a los inmigrantes de Europa del Este y del Centro, de

los países islámicos, del África negra y de América latina. No son pocas las almas piadosas que en México están preocupadas por el bajo crecimiento de la población española o francesa, y observan con terror el incremento de la población de origen latinoamericano, africano, asiático o magrebí en esos países. ¡Dios mío —exclaman—, la pureza de la sangre europea está en peligro! Tal vez no estemos lejos del momento en que se tenga que demostrar, como en tiempos de Isabel y Fernando, la pureza de la sangre, o de aquel en que se extermine, recreando el fascismo, a los europeos impuros. Es decir, a los que no descienden de bárbaros alanos, vándalos, hunos, ostrogodos, merovingios o carolingios. Numerosos gitanos fueron aniquilados por ser considerados miembros de una raza impura en la Alemania nazi, y hoy son perseguidos o encerrados en varios países de la Unión Europea. Esto ocurre en la Italia de Berlusconi y en la Francia de Sarkozy.

8. Tras la caída de Tenochtitlan los caciques de los pueblos que se aliaron con Cortés para derrotar a los aztecas se convirtieron en intermediarios entre el poder de los españoles y el sometimiento de los indios, y poco a poco se sentaron las bases para edificar la sociedad que en lo sucesivo se llamaría reino de la Nueva España, y que sería una recreación *sui generis* de la sociedad española del siglo XVI.

Los primeros en desacreditar esta historia fueron algunos criollos novohispanos que, ya en el siglo XVII, decidieron hacer de Chimalpopoca su abuelo y de los aztecas sus ancestros. El fervor de esta inesperada conversión llegó a tal punto que algunos de ellos aprendieron a escribir el náhuatl (en caracteres latinos). Sor Juana Inés de la Cruz fue la más destacada en este aspecto, y resulta por lo menos paradójico que, pese a no haber vivido dentro del tiempo de la historia oficial, se le acredite como mexicana (paréntesis dentro del paréntesis). Otro caso fue el del científico don Carlos de Sigüenza y Góngora (que en realidad no tenía nada de científico, si se comparan sus conocimientos con los de la ciencia europea no española en ese momento). A diferencia de éste, Sor Juana poseía una inteligencia y una sensibilidad que la transportaron, sin duda, más allá de su época, y no sólo en el aspecto literario, sino

JULIÁN MEZA

en el intelectual. Para prueba basta con remitirse a su respuesta a Sor Filotea, en donde, tras haber criticado al fabricante de sermones portugués Antonio Vieira, se burla con elegancia del obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, y de todos sus pares.

A partir de 1521 se inicia el proceso de destrucción no sólo de la cultura azteca, sino de las diversas culturas precolombinas que había en Mesoamérica. Más adelante, esta destrucción se extendió allende los confines del imperio azteca. Lo mismo ocurrió muy pronto en Sudamérica. Afirmar que este proceso concluyó al separar la Nueva España del Imperio español con la proclamación de la independencia es poco más que una presunción. Más aún, ese proceso continuó en México a lo largo del siglo XX, tras la revolución de 1910 y no ha cesado en nuestros días, pues lo poco que queda de las culturas precolombinas sigue siendo objeto de destrucción. Y como algo de lo que queda son los indios, los regímenes políticos como el mexicano los condenan a la extinción al confinarlos en la marginación y la miseria. Tal vez al morir el último de los lacandones será disecado para exhibirlo en el Museo de Antropología e Historia, como ocurrió en Catalunya con el bosquimano disecado que se exhibía en el museo de Banyolas.

110

9. Dispuesto a romper con España, a partir de 1821 un mexicano, que supuestamente quería ser distinto a lo que era, decidió ser como Napoleón, sin saber quién era Napoleón (esto lo sabía Bolívar, que asistió a la coronación del corso). Iturbide se proclamó emperador, tal vez soñando con ser ungido por el papa. Más tarde, Santa Anna se hizo llamar su alteza serenísima. El sueño imperial fue breve porque los supuestos federalistas mexicanos destronaron al primero, mandaron al exilio al segundo y llevaron adelante su mimesis de la federación norteamericana, única en aquel entonces. En 1824 pergeñaron una insípida constitución que imitaba otras, pero que sustantivamente era ajena a la tradición de un país opuesto al Occidente moderno, del que ya formaban parte los Estados Unidos de América. Antes, el señor Morelos proclamó en su constitución de Apatzingán que la única religión para México era la católica y que el tribunal de la santa inquisición debería

ser sustituido por un tribunal civil, también inquisitorial, obviamente. Con él la contrarreforma seguía viva en México. No lo desobedecerían los padres fundadores del México independiente, como Guadalupe Victoria, ni sus sucesores, hasta llegar a nuestros días, en los que el horizonte de los gobernantes mexicanos todavía es el del México novohispano de la contrarreforma. La similitudes con la España del siglo XIX son notables: la monarquía española volvió al trono y derrotó a los liberales. En México no fue preciso un borbón español para liquidar la república. Bastó con un payaso como Santa Anna. Don Porfirio se adelantó a Franco, pero Franco cumplió mejor su cometido: fue piadosamente sanguinario. Piadoso porque lo arropaba la iglesia católica. Ahora, a principios del siglo XXI, España y México se igualan. El Partido Popular es idéntico al PAN. El señor Fox fue como el señor Aznar, aunque un poco más bruto, y el señor Calderón prefigura al señor Rajoy. Todos ellos fueron fieles a los disparates del señor Woytila y hoy son legionarios del jefe supremo del santo oficio: el señor Ratzinger.

Consumada la llamada independencia de México, en 1821, el pasado novohispano de México siguió vivo. La compra de puestos públicos, que precedió y sucedió a las reformas borbónicas, se mantuvo y, peor aún, se incrementó. Los que no habían podido recuperar sus canonjías, como Hidalgo, que perdió el cargo de rector de la Universidad de San Nicolás y, al final, la cabeza, se rebelaron y las compraron o, más sencillamente, se hicieron de ellas por supuestos servicios a la patria al cambiar de bando, como Iturbide. Los años que siguieron a 1821 son algunos de los más siniestros en la historia de México, pero no los únicos, ni los más espectaculares. 1821 inicia un proceso en el que desfilan el imperio, el supuesto federalismo, el centralismo y, casi como corolario, los gobiernos de Santa Anna, tan patéticos que ni siquiera son comparables con el de Napoleón el pequeño, que sí, definitivamente, fue pequeño, pero nunca como Santa Anna. Uno de los liberales más aplaudidos por sus herederos, José María Luis Mora, compara Francia con México (desde París) y es capaz de escribir que los mexicanos son civilizados, educados, cultos, virtuosos, a diferencia de los franceses, que son inciviles, bárbaros y carentes de virtudes. Varios años después, Lucas Alamán describió con acierto la incivilidad mexicana, que hoy no sólo preva-

JULIÁN MEZA

lece sino que se ha incrementado. Es verdad que algunas de las páginas escritas por este conservador de la primera hora le fueron dictadas como reacción a los desmanes perpetrados por las hordas de Hidalgo en Guajuato, pero más allá de este hecho supo introducir en el país cambios de corte liberal. Ideó una modernización del país fundada en la inversión de capitales ingleses en la minería mexicana. Se trató de un hombre lúcido en uno de tantos momentos lúgubres de nuestra historia. Más tarde su lugar fue ocupado por políticos liberales que no tuvieron nada de liberales. El más destacado en este aspecto fue Benito Juárez, al que la historia oficial colma de elogios y los gobernantes (empezando con Díaz) de monumentos. Cuenta la leyenda (convertida en Historia) que fue un pastorcito de Oaxaca que, tal vez por arte de Birlibirloque, llegó a presidente de la república. A partir de ese momento encarna el sueño norteamericano, y no la realidad mexicana. Se dice que fue un *self made man*, pero en realidad era hijo de una familia de prósperos comerciantes de la sierra de Oaxaca. Su padrino, un abogado que vivía en la capital de ese estado, era un individuo que tenía fuertes vínculos con la clase política y que fueron muy útiles para el supuesto pastorcito. A esto se debe que se haya encumbrado en la turbia escena política de su tiempo. Cuando fue presidente se olvidó de los indios y dictó y aprobó leyes en contra de su condición de propietarios comunales para hacer prevalecer la hacienda, heredada del México novohispano. ¿Lo hizo sin darse cuenta o aun sabiéndolo? Es difícil responder a esta pregunta, pero el hecho es que, debido a él, la hacienda siguió siendo hacienda aun cuando su supuesto sueño era la conversión del campesino mexicano en *farmer* norteamericano. Debido a sus iniciativas y a las de su colega, Miguel Lerdo de Tejada, las haciendas de la iglesia que no habían sido expropiadas por los borbones pasaron a manos de sus socios liberales. So pena de excomunión, la iglesia prohibió a los conservadores comprarlas, y éstos, siempre fieles a los dictados de la jerarquía eclesiástica, se sometieron.

10. Hubo un momento en que México pudo escapar relativa y paulatinamente a su propio pasado, y establecer vínculos con la Europa moderna: cuando Maximiliano de Habsburgo fue emperador de México, pero

liberales, conservadores y clero se negaron de manera rotunda y casi unánime a esa posibilidad. Querían seguir viviendo en su pasado novohispano (monárquico y clerical), o habían comprado (sin imaginación ni recursos) el sueño norteamericano, francés o inglés.

Al llegar a México, Maximiliano fue abandonado por los conservadores que lo trajeron al país porque sólo entonces se dieron cuenta de que era liberal. (En México es la costumbre. El empresario modelo siempre es descubierto como delincuente después de haber saqueado el país. Y el presidente idiota sólo se revela como tal después de haberlo elegido.) La opinión de Maximiliano y Carlota sobre las clases altas mexicanas es muy clara: eran lo peor que había —y hay, añadido. Convertido en enemigo de los supuestos liberales, a los que, sin embargo, invitó a gobernar junto con él (empezando por Juárez); de los conservadores; del gobierno norteamericano que quería una América para los americanos, y abandonado por el pequeño Napoleón, debido a la inminencia de una guerra con Prusia, Maximiliano fue capturado y hecho ejecutar por Juárez. Victor Hugo sugirió a éste pasar a la historia por su clemencia, pero pudo más el odio disfrazado de soberanía. De nada valieron las gestiones de Carlota ante los gobiernos europeos y el papado. Por esto y no por razones genéticas, como afirman burdos historiadores y pintorescos novelistas, Carlota enloqueció y vivió recluida hasta el final de su vida en el castillo de Miramar, del que es pálida sombra el de Chapultepec, hecho remodelar por Maximiliano.

11. Concluido el episodio de Maximiliano, borrado de nuestra historia al igual que el período que va de 1521 a 1810 y la existencia misma de los conservadores, vino lo que se conoce como la república restaurada, considerada por muchos historiadores mexicanos como un episodio capital de la democracia mexicana. Sin embargo, fue una época tan turbia como las de su pasado y las de su porvenir. El señor Juárez quería ser dictador, pero no le alcanzó el tiempo: murió. El señor Lerdo, su lerdo socio, tampoco pudo llevar a cabo sus planes porque llegó Porfirio Díaz y anuló las veleidades partidistas. Cual Hugo Chávez, tras un golpe militar fallido se instaló en el poder durante casi treinta años. Hoy muchos

JULIÁN MEZA

beatíficos historiadores mexicanos consideran que, no obstante la dictadura, hizo progresar el país (tal vez porque creen que el progreso científico y técnico depende de los políticos), quizá iluminados por las dictaduras de Franco y Pinochet, que en su opinión sólo asesinaron a unos cuantos miles de hombres y mujeres, tal vez porque todo lo que es humano les es ajeno.

El señor Porfirio Díaz ejemplifica la perfecta dictadura, sólo superada por la del sistema político mexicano que se impuso del señor Obregón al señor Zedillo, y que debido a la fragilidad de la imperfecta democracia actual, han reconducido mediante los mismos medios (el corporativismo sindical y monopolístico) los señores Fox y Calderón.

12. Como lo han demostrado algunos historiadores no sometidos a los dictados de la historia oficial y en su mayoría europeos y norteamericanos, la revolución mexicana no fue producto de la rebelión de los oprimidos que reclamaban justicia social. Algunos de los más destacados revolucionarios eran hombres del antiguo régimen, descontentos porque no podían ascender en la jerarquía político-administrativa. Los más destacados fueron Francisco I. Madero y Venustiano Carranza, pero hubo otros. Por ejemplo, Bernardo Reyes, convertido en mitología nacional por su hijo, Alfonso. También Victoriano Huerta, apodado el chacal, que no fue menos sanguinario que otros revolucionarios mexicanos (Jean Meyer), como Carranza.

Tras la guerra de facciones, se hicieron del poder los advenedizos del Norte, que consumaron la revolución sin cambiar lo que había que cambiar porque así se los dictaba la historia mexicana. Los sonorenses hicieron patria haciendo negocios y se enriquecieron sin límites. A fin de cuentas eran los dueños del país y, ya como implacables oligarcas, no podían actuar de otra manera.

Tanto Obregón como Calles inventaron una historia, a la que llamaron nacionalismo revolucionario mexicano. El primero le pidió, vía Vasconcelos, a los muralistas mexicanos (sobre todo a Rivera y Orozco) que pintaran una historia de la revolución mexicana, que éstos convirtieron en panacea universal, pues para ellos sólo de revoluciones vive el hombre, en llamas, en las trincheras, en las genealogías, así en México

como en la URSS. Pero lo más terrible para México fue la creación del partido único, apoyado en el corporativismo sindical que los gobernantes del PAN han mantenido casi intacto en sus peores modalidades, como el SNTE y el sindicato de Pemex. Sí fue una buena medida dismantelar el SME, pero al igual que todas las acciones heroicas de nuestros gobernantes, careció de estrategia. Suprimió a unos técnicos que no fueron sustituidos por otros, sino por improvisados burócratas que han hecho del servicio eléctrico un desastre. A personas que pagaban 300 pesos por consumo de energía se les quieren cobrar más de 80,000. Los apagones, que eran frecuentes, hoy son constantes.

13. Resulta atroz festejar fechas y nombres cuyos significados tienden a ocultar o, de plano, borrar el pasado. Así, 1810 niega casi trescientos años de historia novohispana. 1910 desacredita varios períodos de la historia del siglo XIX. Y ahora, mediante la instalación de una frágil democracia y fastos irrelevantes denominados festejos bicentenarios, se pretende borrar casi cien años de una historia en la que, sin lugar a dudas, prevalecieron el autoritarismo del partido único, el patrimonialismo, el autoritarismo de la oligarquía que ha detentado el poder dentro y fuera del gobierno, y el corporativismo que los sustentaba y que hoy atenta contra la endeble democracia. Quizá la pérdida de la memoria se deba, en este caso, a que incluso cuando el partido único fue desalojado por una trinidad de partidos políticos, los vicios autoritarios del sistema político mexicano surgido de la revolución de 1910 se siguieron y se siguen cultivando. El autoritarismo se preserva mediante variados pactos entre estos partidos, el país sigue siendo patrimonio de la oligarquía instalada en el gobierno o en complicidad con éste, el populismo se mantiene como el recurso retórico por excelencia y el corporativismo público y privado está prácticamente intacto. ¿Acaso en 2010 el poder presidencial ha olvidado la marginación política en la que vivió el PAN desde su fundación hasta que, con la reforma política, recibió migajas del PRI: diputados de partido? ¿Y acaso el PRD ya no recuerda que las izquierdas en las que tiene algunos de sus orígenes (otros están en el PRI) fueron reprimidas, marginadas y condenadas a la ilegalidad

JULIÁN MEZA

durante décadas? ¿Acaso todos ellos han olvidado los variados crímenes perpetrados desde el poder durante buena parte del siglo XX? Al parecer así es, dado que ahora festejan el aniversario de la revolución de donde surgió la que, con total acierto, Mario Vargas Llosa llamó, en tiempos de nuestro minúsculo Napoleón en la presidencia de la república, la dictadura perfecta.

14. ¿Es México distinto después de doscientos años de independencias, reformas, revoluciones y modernizaciones? ¿O sigue siendo semejante a ese pasado novohispano que abarca trescientos años y que desde hace más de doscientos se pretende negar? ¿Queda algo del México que fue la Nueva España o ya no hay nada de lo que lo caracterizó entonces?

No son pocos los mexicanos de hoy semejantes a lo que eran en la Nueva España de los siglos XVI a XVIII. De la misma manera, son muchos los españoles del presente (los que votarán por Rajoy, que quiere decir Aznar, que quiere decir Fraga, que quiere decir Franco) que viven en tiempos de Isabel la católica, que quiere decir muchos otros horrores y aberraciones del mundo descrito por Cervantes.

116 14. Las rupturas y los cambios en México son menos radicales de lo que se cree. Tocqueville decía que los franceses hicieron una revolución con la que pretendían volverse irreconocibles a los ojos de sus padres, y al día siguiente de la revolución eran idénticos a sus abuelos. Parodiando a Tocqueville, se puede decir que los criollos novohispanos hicieron una revolución en 1810 para volverse irreconocibles a los ojos de los peninsulares, y al día siguiente de la independencia eran iguales a los conquistadores y a los primeros frailes e indianos. Otro tanto ocurrió con la revolución de 1910.

Sí hubo lentos y pequeños cambios en ambas ocasiones, pero también los hubo antes y después de estos hechos. Los cambios son inevitables y se producen sin necesidad de grandes acontecimientos y aun en quienes se resisten a ellos.

México, diciembre de 2010.